Khevenhüller y Hammerstein hicieron todo lo posible para obtener el permiso de marchar con el emperador. Conjuraron al padre Fischer á que con tal fin interpusiese su influencia. Le hicieron observar, que ellos realmente nada tenian que hacer en México, y que si se habian quedado era únicamente por estar cerca del emperador, para vencer ó caer con él; que sus servicios perdian su consagracion si él no los llamaba á su lado. Declararon que estarian prontos á marchar dentro de una hora, con tal de que pudiesen acompañar al emperador á Querétaro.

Vanas fueron sus instancias: Maximiliano decidió que los austriacos habrian de quedarse. Mandóles decir que solo eran razones políticas las que le impelian á dar tal paso; que saliendo por primera vez á campaña por un principio nacional, no debia llevar en torno suyo sino mexicanos. El emperador, que aguardando el momento de partir se hallaba desde las seis en el patio de Palacio, se acercó á un grupo de oficiales, y les prometió que les llamaria tan luego como le fuese posible.

Entre tanto se dió el mando de la ciudad al general Tavera, y se nombró prefecto al famoso general O'Horan.

Por fin, salimos de Palacio á las ocho y cuarto en vez de á las seis. El emperador atravesó las calles de la ciudad solo con Márquez, con su ayudante de campo Ormaechea, con el oficial de órdenes Pradillo, y con algunos oficiales de Márquez. En la garita le esperaba la columna de mil seiscientos hombres, al mando del traidor López.

Así salió el emperador de la ciudad á donde no debia volver. Su partida tuvo lugar bajo auspicios verdaderamente fatales. Cabalgaban á su lado, en alto grado de favor, conversando amigablemente, los dos cómplices de la catástrofe del 19 de Junio de 1867: Márquez y López. ¡Con ellos se encaminaba á Querétaro la traicion!

CAPITULO XI.

Fragmento del diario del emperador.—Marcha hácia Querétaro.—Combate junto á la hacienda de la Lechería.—Otro junto á S. Miguel Calpulalpam.—Orden del dia del emperador al ejército.—Llegada á Querétaro.

"..... viene á tomar parte en la guerra ó en el bandidage. Como que hasta ahora han sido vanas las tentativas para establecer la conscripcion, á causa de la resistencia pasiva de las poblaciones, forzoso le fué al gobierno recurrir á este horrible medio para levantar el nuevo ejército. La *leva* no se hace aquí sino con los mismos inícuos medios que la Inglaterra emplea para el enganche de sus marineros.

"El camino que llevábamos nos condujo á poco rato, entre los terrenos de la hermosa hacienda de los *Ahuehuetes*, á los gigantescos árboles llamados así, los cuales sombrean con sus inmensas ramas el rio de la hacienda. Estos árboles, *Taxodium dístichum* que constituyen la maravilla de Chapultepec y de otros pintorescos lugares del valle de México, se remontan en su mayor parte á los tiempos de los antiguos indios, y anuncian siempre la cercanía de manantiales, así como tambien la santidad de los sitios consagrados á los dioses, segun las antiguas tradiciones. El *Taxodium*, como las añosas encinas de los Germanos, como los tilos de los Eslavos, como las palmeras de Balbeck y de Palmira, es

realmente un indicio del antiguo imperio indiano. En el bosque sagrado de Chapultepec, bajo la inmensa bóveda formada por las ramas de estos árboles antiguos que igualan en altura á las mas elevadas torres, celebraba Moctezuma sus místicos sacrificios á orillas de las frescas corrientes; poseía tambien otro sitio predilecto en la ribera del lago de Texcoco, sembrado asimismo por aquellos titanes del reino vegetal. Uno de los mas colosales se eleva todavía erguido en el actual camposanto de Tacuba; el pueblo le llama *el árbol de la noche triste.* Sentóse al pié de él aquel Cortés, aquel atrevido aventurero, despues del famoso combate nocturno en que se vió momentáneamente desalojado de México; y allí, aquel hombre de fierro lloró amargamente. Fué la única vez en todo el curso de su vida, tan fecunda en peligros y riesgos, en que la tristeza y el abatimiento pudieron doblegar aquella alma heróica. Siempre me ha conmovido de una manera extraordinaria este pasage de la vida del gran conquistador, por cuanto nos enseña lo que con numerosos ejemplos nos muestra la historia, y es: que aun los ánimos mas férreos y tenaces tienen momentos en que se creen abandonados de su estrella, y caen en la postracion. Si en tales momentos no sobreviene una reaccion saludable, quédase el hombre aniquilado, y se puede asegurar que su estrella se puso para siempre. Federico el Grande, en su primera campaña de Silesia, tuvo uno de esos momentos, en el que sus generales hubieron de hacer mil esfuerzos para impedirle que huyese cobardemente. En cuanto á la estrella de Cortés, no la oscureció sino pasagera nube; irguióse él como reforzado por su dolor, y llevó á feliz término su atrevida empresa.

"En el valle de México, y cerca del pueblo de Atzcapotzalco, vése otro grupo de cuatro de estas magníficas plantas, las cuales forman con sus ramas un verdadero bosque á cuya sombra pueden abrigarse dos mil hombres. El patriarca de estos árboles, y quizá el mayor de todo el globo, se eleva junto á Oajaca, y tiene una circunferencia de treinta y seis varas, es decir, ciento ocho piés. El general Gamboa tomó esta medida poco antes de que yo saliese de México. Brota de estos árboles maravillosos y místicos un vello que les es especial, gris á manera de barba, el cual por su abundancia dá realmente á esos árboles el esplendor de la plata; llámasele en el país *heno.* En la bóveda natural de Chapultepec, pende de las ramas de los árboles como las estaláctitas en una gruta.

"Todo estaba en la hacienda tan tranquilo como antes; las pocas personas que allí quedaban miraban en torno suyo con angustia. En vano las tabernas de *pulque* con sus muestras colgadas y plateadas, invitaban con inscripciones y pinturas á los caminantes á saborear el licor nacional.

"La semilla fermentada del maguey (*agave mexicana*) tenia que perderse con grave perjuicio del propietario, por cuanto á que el pulque no se conserva como las demas semillas fermentadas; ese licor, de color de ópalo, hay que beberlo pronto, por que en pasando dos dias se corrompe enteramente. Siendo el pulque el principal producto de las vastas haciendas de México, fácil es comprender el enorme perjuicio que habrá de originarse con los incesantes trastornos políticos."

Esta hoja del diario del emperador, diario de que ya hice mencion al hablar de Soquiapan, la recogí del suelo en mi habitacion la mañana en que caimos prisioneros en el convento de la Cruz. La transcribo tal como fué dictada por el emperador durante el sitio de Querétaro; el último periodo, que comienza con las palabras "la semilla fermentada," está escrito de puño y letra de Maximiliano. Hé hecho aquí esa transcripcion, porque los lugares que en ella se des-

criben corresponden á la historia de los primeros dias de la partida de México.

Nuestra primera posta en el camino de Querétaro fué Tlalnepantla, adonde llegamos á eso de la una de la tarde sin que nadie nos hubiera molestado. Almorzó allí el emperador en la casa del cura, con el general Márquez, el ministro Aguirre, y yo.

Todavía me acuerdo de las palabras que dijo en la mesa el general Márquez, para tranquilizar al azorado cura.—*No tenga V. cuidado; ya verá V. como irán las cosas.*—Márquez, á quien el cura hacia coro, se desató contra los liberales pintándoles como enemigos del órden y de la tranquilidad, y haciendo notar, entre otras cosas, que tambien lo eran del progreso puesto que cortaban los alambres del telégrafo.

Allí en la casa cural fué donde oimos los primeros tiros. Una gavilla que habia estado poco antes en Tlalnepantla, se arrojó sobre nuestra retaguardia; pero no tardó en alejarse rápidamente despues de haber cambiado con los nuestros algunos tiros de fusil.

Detuvímonos allí mas de una hora. El emperador aguardaba al general Vidaurri, quien no habia podido marchar junto con él, porque el ministerio no pudo proporcionar caballos para él y para la escolta de cuarenta hombres fieles que consigo llevaba. Mezquina malignidad habia sido esta realmente de parte de los conservadores, para quienes Vidaurri en su calidad de liberal no era persona aceptable. Pero entre tanto, Vidaurri no parecia, así es que proseguimos nuestro viage.

Media hora despues de haber salido de Tlalnepantla, se ofreció una escaramuza, que vino á ser nuestro primer combate.

El gefe guerrillero Fragoso, con algunos centenares de caballos, esperaba á la columna sobre una pequeña altura situada entre Tlalnepantla y Cuautitlan, lugar este último en

donde debiamos pernoctar, y rompió el fuego á tiro de cañon de la Lechería.

El emperador, que estaba en el centro de la columna, picó espuelas inmediatamente y se puso á la cabeza de ella, la cual habia tomado posiciones junto á la hacienda; á tres pasos de su persona cayó herido un sargento de la guardia municipal, á quien tuve que operar bajo los fuegos.

Márquez, entre tanto, habia destacado cosa de noventa hombres de la guardia municipal de á caballo, los cuales guiados por el valiente coronel Joaquin Rodriguez no tardaron en rechazar á la gavilla dejando libre el camino. Continuaron, sin embargo, los ginetes de ella girando al derredor de nosotros segun la manera de pelear de los guerrilleros, y enviando una que otra bala á nuestras filas, aunque sin hacernos daño.

Duró el fuego hasta cosa de las dos de la tarde; á las cuatro, los últimos caballos de la gavilla desaparecieron de nuestra vista. Continuamos nuestra marcha tranquilamente hasta Cuautitlan, á donde se habia replegado Fragoso, pero de donde le desalojó á poco rato un destacamento de nuestra caballería.

En el camino de la Lechería á Cuautitlan, una de las soldaderas que caminaban con nuestra columna, descubrió á uno de la gavilla de Fragoso escondido en una zanja próxima al camino. Le habrian fusilado en el acto, segun costumbre del país, á no haberlo impedido el emperador; de mala gana obedecieron los mexicanos la órden suya de dejarlo con vida, y de limitarse á llevarlo prisionero.

En Cuautitlan la tropa desfiló delante del emperador, saludándolo con indecible entusiasmo; pero un horrible espectáculo vino á turbar la alegría general: es el caso, que los disidentes habian colgado por los piés en un árbol de la plaza frente á la Iglesia el cadáver de un soldado imperial que

cayó en sus manos, despues de haberle destrozado lastimosamente.

La noche, con excepcion de tal cual tiro de alarma, se pasó tranquila, sin que para nada nos inquietasen los guerrilleros.

Ya al caer la tarde se nos habia reunido el general Vidaurri acompañado de su escolta y de un escuadron de húsares austriacos. Llegó tambien el coronel príncipe de Salm-Salm, quien en su calidad de extrangero debia haberse quedado en México; pero como á todo trance quiso tomar parte en la campaña, se habia agregado al Estado Mayor del general Vidaurri.

El 14 de Febrero nos dirigimos de Cuautitlan á Tepeji del Rio. El dia se pasó tranquilo, sin que nos encontrásemos con Fragoso, ni con su gavilla, ni con ningun otro disidente. Nos dijeron que Fragoso se habia atrincherado en Zumpango, aldehuela situada á orillas del lago de su nombre, á la derecha del camino y á nuestra vista. Al saberlo, no nos dió cuidado, y proseguimos nuestro camino sin detenernos para nada.

Tranquilo se pasó tambien el siguiente dia 15, y sin la menor novedad llegamos á San Francisco.

Durante la marcha, y al pasar nosotros por delante de una tropa de soldados irregulares que divididos en pequeños destacamentos representaban los varios distritos del territorio á que pertenecian, el emperador me hizo notar la originalidad de su uniforme.

La única parte de este, comun á todos, era una faja blanca atada en el sombrero, en la cual estaba impreso el nombre del distrito en que los habian enganchado por fuerza. La mayor parte de ellos estaban vestidos con una especie de jubon; muchos ni eso tenian, y por último, habia algunos que por todo equipo militar llevaban una cartuchera ceñida á la cintura. El emperador al verlos, me dijo sonriendo: "¿Qué dirian de nosotros por allá si tal viesen? estos no se han abotonado una levita en su vida."

El 16 de Febrero no se pasó tan tranquilo como los dos anteriores. Como de costumbre, partimos á las seis de la mañana, y tras dos horas de una marcha un poco rápida llegamos al pueblecillo de San Miguel Calpulalpam. El tal pueblecillo tenia conquistada ya cierta nombradía en la historia de la guerra civil. Pocos años ántes, habian llegado allí á las manos Gonzalez Ortega y Miramon; el primero quedó vencedor, y el segundo derrotado completamente.

San Miguel Calpulalpam está pegado á la garganta del mismo nombre. En esta se habian situado las fuerzas de Cosío y de Gelista, consistentes en seiscientos hombres. Si el enemigo hubiese ocupado las alturas de ambos lados, habria tenido que ser la travesía de aquel estrecho paso totalmente imposible, ó practicable solo á costa de grandes pérdidas; pero á poco hubo de reconocerse que el enemigo ocupaba solamente las alturas de la izquierda, quedando completamente libres las de la derecha.

Desde Calpulalpam, en donde nos detuvimos cosa de una hora, se distinguian á la simple vista en los matorrales de la izquierda pequeños grupos de gente armada, con quienes á poco habriamos de entablar mas estrechas relaciones.

A eso de las nueve se movió nuestra columna precedida por los tiradores. Segun opinaron algunos oficiales del Estado Mayor, las disposiciones para el combate dictadas por Márquez no fueron de lo mejor, estratégicamente hablando. Fácilmente hubiera podido Márquez forzar el paso, haciendo rodear las alturas de la izquierda por una parte de la columna, con lo cual al mismo tiempo habria cortado la retirada á las guerrillas. Pero en lugar de eso sucedió, que el enemigo tuvo libres sus flancos y su espalda; y mientras que de la opuesta colina le hacian poco daño nuestros tiradores, pudo, protegido como lo estaba por los árboles, con-

centrar sus fuegos sobre nuestra columna, empeñada ya en el paso del desfiladero. A distancia de cincuenta pasos teniamos al enemigo, que hacia sobre nosotros continuas descargas; aquí tambien estuvo á la vanguardia el emperador con su comitiva.

Repentinamente, y cuando mas menudeaba la lluvia de balas, se detuvo la columna. Era el caso, que á una diligencia tirada por doce mulas, que habiamos encontrado en San Francisco, se la habia mandado retroceder, á causa de que los pasageros que pretendian seguir para México parecieron sospechosos. La guerrilla, creyendo que el emperador iba en el tal carruage, colocado en aquel momento en el centro de la columna, la hizo blanco de una nutrida fusilería. Espantáronse las mulas, volcaron la diligencia, introdújose el desórden en la columna, y hubo de pasarse mas de media hora ántes que nuestra fuerza se pusiese de nuevo en movimiento.

Mientras esto sucedia, el emperador con su comitiva se mantuvo en un bosquecillo, sirviendo de blanco. Sin cesar silbaban las balas sobre la cabeza de Maximiliano por entre las ramas. Su cocinero, que estaba á caballo con las personas de la comitiva, el mismo que presenció despues la ejecucion del príncipe, salió herido en la cara. El emperador, que no habia hecho mas que aprovechar una ligera inclinacion del terreno para quedar un poco resguardado de la granizada de balas, no quiso cambiar de sitio, á pesar de las instancias que el general Vidaurri, sus ayudantes, y yo le haciamos. Volviéndose á mí, me dijo: "ni puedo ni debo cuidar de mí en el primer lance; creedme, es mucho mas conveniente que yo me esponga."

No obstante el vivo fuego á que estuvimos espuestos por espacio de tres horas, nuestras pérdidas se redujeron casi á nada: á un muerto y dos heridos.

Ya habiamos llegado al fin del desfiladero, cuando oimos

á nuestra espalda una viva fusilería. Inmediatamente retrocedió el emperador, lanzándose al galope hácia el punto en donde se oia el estruendo. Durante toda la accion, me mantuve yo constantemente á su lado, y de igual modo le seguí en aquel movimiento suyo hácia la retaguardia. Vivísima fué la impresion que me causó el entusiasmo con que los soldados recibieron al emperador, no bien le hubieron visto aparecerse repentinamente en medio de ellos; entónces comprendí la embriaguez de las batallas.

Tres horas despues, y por tanto á medio dia, la columna acabó de pasar el desfiladero y ganó el llano. Ya el enemigo no lanzaba sino una que otra granada, así es que nosotros continuamos sin cuidado nuestro camino. Entre tanto, los guerrilleros habian descendido de las alturas, y correteaban á tiro de cañon de los flancos de nuestra columna, descargando sobre nosotros, aunque inútilmente, sus mosquetes. Entónces nuestros soldados acabaron por perder la paciencia. Un escuadron de caballería pidió permiso para poner término á semejante insolencia; no bien lo obtuvo, se lanzó al llano lanzando un entusiasta *viva*. No esperó el enemigo el encuentro, sino que se desbandó huyendo á todo escape. De aquella caza, que otro nombre no merecia, trajéronse los nuestros un muerto, dos prisioneros y dos caballos.

Ya pudimos continuar sin otra molestia nuestra marcha, y á eso de las cuatro y media llegamos á Arroyozarco, en donde habiamos de pernoctar. Desde este punto hasta Querétaro, ya no volvimos á encontrarnos con los disidentes.

Salimos de Arroyozarco la mañana del 17, y á las once llegamos á la Soledad, pueblecillo pequeño pero bonito, de reciente construccion. Allí solia haber cada año una féria, la cual, segun dijeron los de la poblacion no habia tenido lugar hacia tiempo, á causa del temor á los guerrilleros,

quienes no tienen sino muy imperfectas ideas tocante al derecho de propiedad, y que desde la partida de los franceses se entregaban á sus anchas al robo y á la devastacion. Supieron los vecinos con certeza la llegada del emperador, y manifestaron la confianza que ese hecho les inspiraba, de una manera muy original, esto es, haciendo la acostumbrada féria. De la misma manera que en todos los lugares por donde pasamos, salió aquí la poblacion á recibirnos con demostraciones de júbilo; por donde quiera oiamos espresar el ardiente anhelo por la pronta pacificacion del país.

El 17 de Febrero, tras una marcha forzada de cosa de trece leguas, llegamos á San Juan del Rio, en donde el emperador publicó la siguiente órden del dia:

"Al ejército mexicano.

"Hoy me pongo á vuestra cabeza, y tomo el mando de mi ejército que apenas hace dos meses comencé á levantar y organizar.

"Este era desde hace mucho tiempo mi deseo; impidiéronmelo hasta ahora obstáculos independientes de mi voluntad; pero hoy libre de todo compromiso, me es ya dado poder consagrarme esclusivamente á mi deber de bueno y leal patriota.

"Nuestro deber de buenos ciudadanos nos exige combatir por los dos principios mas sagrados para el país: por su independencia, amenazada por hombres que cegados por el egoismo se atreven á invadir el territorio nacional; por el órden y la tranquilidad que ellos comprometen diariamente y de la peor manera.

"Libres hoy de toda influencia ó presion extrangera, queremos mantener alta y honrada nuestra gloriosa bandera nacional.

"Espero que los generales, los oficiales, y sus valientes soldados, darán digno ejemplo de ciega obediencia y de la mas rigurosa disciplina, tal como conviene á un ejército destinado á realzar el honor nacional.

"No necesito hablar á los mexicanos de valor ni de intrepidez; estas cualidades son peculiares á la Nacion.

"He nombrado gefe de mi Estado Mayor general al valiente general Márquez; y dividido el ejército en tres cuerpos.

"El mando del primero lo he confiado al valeroso general Miramon; el segundo conserva su actual gefe; y el tercero al intrépido general Mejía.

"De un dia á otro aguardo la llegada del general Mendez, quien anhela tomar parte en la lucha con sus buenos y aguerridos soldados que se agregarán al tercer cuerpo. Igualmente nos acompaña el patriota general Vidaurri para organizar cuanto ántes sus fuerzas, y romper las hostilidades en el Norte.

"Confiemos en Dios, que ahora y en el porvenir se digne proteger á México, y luchemos con valor y constancia por nuestra santa causa.

"¡Viva la independencia!—San Juan del Rio, Febrero 17 de 1867.

MAXIMILIANO."

La noche del 18 la pasamos en el Colorado, pueblecillo distante de Querétaro cosa de dos millas, y el 19 á las nueve y media de la mañana llegamos á la Cuesta China, desde donde el camino desciende en rápida pendiente á Querétaro, por espacio de media milla. Allí nos detuvimos para prepararnos á la entrada solemne en la ciudad. Los generales Miramon y Mejía, que á la sazon se hallaban en Querétaro, subieron á la Cuesta China á encontrar al emperador, con sus Estados Mayores y con los oficiales supe-

riores de la guarnicion; todos se unieron á la comitiva del príncipe.

Entre tanto los soldados se alistaron como mejor se pudo, y con cuanto hubieron á mano para la parada; el emperador revestido de las grandes insignias de la Orden del Aguila, se puso á la cabeza de la comitiva. Lentamente bajó la columna por el camino montuoso, y eran las once y media cuando llegamos á la garita de México en Querétaro.

CAPITULO XII.

Entrada del emperador á Querétaro.—Tres cartas particulares suyas.—Carta al ministro Aguirre.—Ocupaciones militares del emperador.—El general Vidaurri ministro de Hacienda é intendente del ejército.—Método de vida del emperador.

LA acogida que á Maximiliano hizo la poblacion de Querétaro, fué sinceramente cordial. El pueblo ocupaba todo el tránsito de la garita al Casino español, que estaba dispuesto para habitacion; el emperador fué aclamado con gritos de júbilo, y con incesantes vivas. Las ventanas y balcones, adornados con cortinas y banderas, estaban ocupados en su mayor parte por las señoras, mientras de las azoteas atestadas de gente se arrojaban á la muchedumbre de abajo millares de copias de un himno en honor del imperio. Detúvose la comitiva al llegar frente al Casino; dirigióse el emperador al salon, y allí recibió inmediatamente al general Escobar, prefecto de la ciudad, y á las principales autoridades civiles y militares. Acto continuo, y acompañado de todos los presentes, se dirigió á la Catedral, en donde se cantó un solemne *Te-deum*, despues del cual, y en el salon del Casino, recibió á las demás autoridades. Los generales Miramon y Escobar pronunciaron discursos vanagloriosos; este último terminó el suyo con las siguientes palabras: "la posteridad dará con justicia á V. M. el título de Maximiliano el Grande."